

es una tachadura del sujeto individual y un signo de anonimato. Su vocabulario se torna bélico: fatiga, abandono, espíritu de derrota, traición, pasaje al enemigo, dominio del Demonio sobre la humanidad, la supuesta humanidad. En 1925, su viaje al Congo lo obliga a la denuncia del colonialismo e inaugura su «década comprometida».

Gide creyó siempre en la unidad de la civilización, la occidental fundada por los griegos, aunque compatible con la diversidad de las culturas. No siempre evitó confundir a Occidente con Francia, pero asumió los pecados de esa civilización pagana que exaltaba lo efímero y agradable, sin ahorrarse las atrocidades de la guerra. La crisis de su mundo histórico restauró en él la noción de pecado original, tras el inmoralismo y la proclama de la alegría de vivir en el placer de su juventud.

Francia, decadente y descompuesta, hubo de aceptar la guerra como mal menor y desafío a su propia capacidad regeneradora. Quizá fuera el episodio de la salvación, el cruel remedio eficaz para la declinación moral francesa. En lo personal, la crisis religiosa es un reflejo de la crisis social. Esto lo llevó a apoyar sin fervor la causa de su país en la guerra y le atrajo la permanente diatriba de la extrema derecha nacionalista: Béraud, Massis, Souday (y el inesperado apoyo de Léon Daudet). Desde siempre había sido contrario al nacionalismo y, frente a Barrès, defendió el desarraigo como escuela de la virtud y lo instructivo del vagabundaje por los espacios exteriores. Su idea de Francia como país mestizo y universal se opuso desde sus años mozos al particularismo provincial de los nacionalistas franceses.

Paulatinamente creció su admiración por la URSS, por su enorme esfuerzo de transformación y el atractivo de ese Estado sin religión y esa sociedad sin familia. Rechazó entonces la noción corriente de libertad. Si en lo íntimo se proclamaba libre, en lo social sostuvo la primacía de la constrictión, es decir del deber. Explicaba por igual al comunismo ruso y al fascismo italiano, sólo que el primero apuntaba al porvenir y el segundo, al pasado. Admitió que toda la vida había sido comunista, a partir de su comunismo sin iglesia.

Con todo, esta aproximación al Partido Comunista, al que nunca quiso afiliarse, lo mismo que a las organizaciones colaterales, nada tiene de marxista. Leyó a Marx y Engels, no sabemos cuánto ni cómo (Valéry lo veía andar en bicicleta con un tomo de *El capital* en el bolsillo) pero los halló sofocantes, irrespirables (ver *Journal, Feuilletts, Été 1937*). Como toda teoría, ésta le pareció artificiosa, falaz e inhumana. Su prestigio provenía de que era ilegible y necesitaba de traductores, de intermediarios, como la misa en latín. Concluyó diciendo «por favor, si soy marxista, dejadme serlo sin saber que lo soy» (*Journal*, 1 de agosto de 1934).

Su compromiso con el comunismo tuvo un carácter más religioso que político. Proyectoó escribir un libro que nunca redactó, *El cristianismo contra Cristo*, donde desarrollaría un cuestionamiento cristiano de las instituciones del cristianismo, a la vez que un cuestionamiento del cristianismo desde la perspectiva de la Grecia clásica. De algún modo, la tarea que empezó con *Corydon*. Su cristianismo fue siempre dramático por protestante, cercano al pensamiento de otros protestantes como Kierkegaard y Nietzsche, un debate sobre la predestinación y la Gracia, la incomprendible salvación y la libertad moral. Vio en el comunismo la instalación de una suerte de Ciudad de Dios en la Tierra, algo incompatible con su noción de la historia.

En su viaje a la URSS observó todo lo contrario: una sociedad cerrada al extranjero, gente con hambre, malas viviendas, salarios desiguales, restablecimiento de la propiedad y la familia, uniformidad de opiniones, patriotismo nacionalista, procesos secretos y fingidos contra los disidentes. El heterodoxo, fascinado y repugnado por la ortodoxia que le era necesaria, chocaba de nuevo contra la iglesia instituida. Percibió que era difícil entrar en el Partido e imposible salir de él, como no fuera por la exclusión del disidente, es decir Siberia.

Tras la ruptura con el comunismo, se replanteó un tema siempre pendiente en su vida religiosa: su conversión al catolicismo. Su amigo François Mauriac se ocupó de ello, en sustitución de otros católicos como Claudel y Maritain, que le resultaron intratables. Pero Mauriac no era la persona más indicada. También él era un cristiano heterodoxo, un católico jansenista. Gide y Mauriac, herederos de Pascal, veían igualmente a Dios como incomprendible dispensador de la justicia divina y sólo comprensible a partir del corazón como amor humano, es decir siempre en la intimidad del vínculo entre Creador y criatura, fuera de toda institución.

Las crisis históricas siempre coincidieron con graves situaciones personales y viceversa. La ruptura con el PC, la muerte de su mujer y la guerra en España y luego en Europa (1936-1939), repitiéndose la situación de 1914-1918. En ambos casos, redactó dolorosos e intensos textos confesionales de títulos latinos, evangélicos: *Numquid et tu?* y *Et nunc manet in te*.

Los diarios recogen su atención sostenida por los hechos políticos y militares de la segunda guerra mundial, cuando adoptó una posición antinazi y de honda crítica al colaboracionismo francés. No volvió a trabajar en algo político concreto y su pensamiento se orientó contra el autoritarismo (autoritario es quien busca la unanimidad fuera de sí porque no la halla dentro de sí y esta diversidad íntima le resulta insoportable) y a favor del liberalismo: «Entramos en una época en la que el liberalismo va a ser

la más sospechosa e impracticable de las virtudes» (*Journal*, 20 de septiembre de 1940).

La larga vida biológica y literaria de Gide aparece signada por la moraleja de la literatura como decisión moral y realidad histórica: en arte importa la expresión, que es permanente, y no las ideas, que son pasajeras. Es como una comida interminable, a la cual cada generación aporta un apetito diferente. Leer es tomar conocimiento de lo que un autor dice pero también ausentarse y viajar en su compañía. La lenta lectura de Gide acredita la firmeza de la propuesta, aun en nuestros días.*

Bibliografía

- ANDRÉ GIDE: *Journal 1889-1939*, Gallimard, Paris, 1955.
 – *Journal 1939-1942*, Gallimard, Paris, 1946.
 – *Prétextes et Nouveaux prétextes*, Mercure de France, Paris, 1990.
 – *Si le grain ne meurt*, Gallimard, Paris, 1955.
 GEORGE D. PAINTER: *Gide*, Mercure de France, Paris, 1968, trad. Jean-René Major.
 PIERRE LEPAPE: *André Gide le messenger*, Seuil, Paris, 1997.
 CLAUDE MAURIAC: *Conversations avec André Gide*, Albin Michel, Paris, 1990.
 DANIEL MOUTOTE: *André Gide: l'engagement*, Sedes, Paris, 1991.

* Dedicó estas páginas a la memoria de José Bianco, con quien conversábamos sobre André Gide, allá lejos y hace tiempo.

PROA



JARDIN — NORAH BORGES

REVISTA DE RENOVACION LITERARIA

◀ Anterior

▲ Inicio

Siguiente ▶